



LA QUIMERA DEL ORO

1936

CHARLIE CHAPLIN CHARLOT



Edizione
1^{ma}
Bistagne



La quimera del oro

Argumento, dirección e interpretación de

CHARLIE CHAPLIN (CHARLOT)

Nueva versión sonora

Distribuida por

LOS ARTISTAS ASOCIADOS, S. A.

Rambla de Catalunya, 62

Barcelona

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

LA QUIMERA DEL ORO

SINTESIS DEL ARGUMENTO

Durante la gran fiebre de oro, Alaska fué, para una enorme muchedumbre heterogénea, la esperanza y el ensueño, que atraían a millones de seres humanos a sus vastas llanuras y gigantescas montañas, heladas y desiertas.

El paso de Chilkoot representaba el mayor obstáculo para llegar a los campos auríferos. En este paso, los hombres se enfrentaban con indecibles miserias y trabajos, en que muchos perdían sus vidas, cayendo extenuados a lo largo del camino; a otros les faltó valor y retrocedieron, pero los valientes, hombres vigorosos, bien preparados para la lucha que iban a sostener, siguieron adelante.

Muy lejos, en el corazón mismo del yerto norte, a lo más profundo de la silenciosa estepa, llegó un intrépido y solitario minero, que, también deslumbrado por el espejismo del oro, se había aventurado en la peligrosa región, despreciando las más elementales normas de la prudencia. Este era el simple, grácil e inocente Charlot.

Su indumentaria no había cambiado. Únicamente una pequeña manta le permitía desafiar la inclemencia de los elementos. Estaba dispuesto a todo con tal de regresar rico a su patria. Por ello seguía hacia adelante, sin rumbo fijo, tacañamente... sin percatarse de que detrás de él había surgido un oso formidable, pegado como una sombra a sus talones. Por un instante, pareció estar a punto de alcanzarlos, pero el hombrecillo patinó junto al abismo y asombrado el animal de sus extraños movimientos le dejó en paz.

Y en alguna parte de la silenciosa estepa, que el hombrecillo estaba a punto de pisar, un hombre gigantesco se afanaba con ahínco, revolviendo las entrañas de la madre tierra, anunciando que hasta allí habían llegado los mineros más osados y que, anaso, Charlot comparecía tarde a su cita con la fortuna.

En cuanto Charlot hubo puesto el pie en aquel vasto y desconocido desierto, lanzó una mirada en torno suyo con alegre optimismo, dió unos pasos, resbaló y se deslizó por el hielo. Ya estaba por fin. Pero, además de estar, se había extraviado. Rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó un papel, en que se veía una cruz gruesa, en cada uno de cuyos extremos estaban representados los puntos cardinales. Dió vueltas a esta sencilla brújula y la orientó hacia donde creía que estaba el Norte y corrió en esta dirección sin pérdida de tiempo.

Mientras el hombrecillo trotaba sobre la nieve, el gigantesco minero levantó los brazos al cielo y envió a las nubes un grito de alegría. Su sueño se había convertido en realidad. El oro brillaba a sus pies. Big Jim había encontrado una montaña de oro.

Cuando estuvo dispuesto a partir, para ir a denunciar la mina, empezó a rugir una espantosa tempestad, que sacudió al minero y al hombrecillo como plumas sueltas de un plumero.

Charlot, espantado por aquella manifestación de los elementos, continuó su camino, olvidando la riqueza para encontrar un refugio. Afortunadamente, no lejos de él, en la estepa desolada, había una cabaña solitaria, ocupada por un escapado de la Ley, el terrible Black-Larson.

A ella llegó, pues, el hombrecillo, buscando asilo y un poco de hospitalidad; y, al encontrarla vacía, buscó en sus rincones algún manjar con que aplacar su hambre insaciable. Estáballo haciendo comiendo los restos de la comida de un simpático perro, del que era dueño el bandido, cuando penetró Black y, enfurecido por la intrusión, no le acogió con simpatía, antes bien intentó ahuyentarlo de la cabaña.

Pero quiso la suerte que, ya que no lograba conmover al

bruto, se presentara la salvación del hambrecillo bajo la forma de Big Jim. Black apuntó a ambos con su rifle y los ordenó que partieran. Sin arredrarse, Big Jim se precipitó contra él y tras de una corta, aunque feroz lucha, en tanto que Charlot esquivaba el cañón del rifle, el gigantón dominó a su adversario, obligándole a repartir la despensa.

La tormenta rugió durante muchos días y noches. La cabaña se lamentaba y gemía, resistiendo sus embates. Otra tormenta se desencadenaba en su interior, pues el hambre roía las entrañas de sus tres ocupantes. Charlot se alimentó con una buja y con otras cosas por el estilo, y estaba a punto de perecer a manos de Black Larson, cuando Big Jim tuvo una idea salvadora.

Obligó a sus tres compañeros a cortar las cartas; el que la cortara más baja tenía que ir en busca de comida. Le tocó al bandido hacerlo y poco después, convenientemente pertrechado, se hundía en la noche y en la nieve.

Pero el destino quiso que la Ley buscara en la estepa a Black Larson. Al intentar detenerle, los dos policías murieron a manos del bandido, el cual, de aquella manera, no sólo se vió libre de la persecución, pero también en poder de un equipo repleto de víveres, lo que permitía que se vengara de Big Jim y de Charlot, abandonándoles a su sino en la cabaña maldita.

Estos dos personajes, desesperados por el hambre, rechazaron los escrúpulos y declararon que Charlot era un gran cocinero. Este último, llevado de su optimismo habitual, aceptó encantado el nombramiento y, en pago del mismo, sacrificó... (una de sus botas), que se estaba cocinando como un agradable pollo negro.

Aunque Big Jim no fuera partidario de tal clase de alimentos, se adjudicó el cuero, recibiendo Charlot la peor parte: los clavos, los cordones y la desgastada suela, que fueron chupados y saboreados con fruición.

Para el enorme estómago de Big Jim aquello fué una broma y empezó a delirar, a decir y a ver disparates. Pronto se percató de ello su diminuto compañero, después de regresar de una frustrada cacería. En el país no había nada digerible, ni siquiera un ratoncillo salvaje.

Ofreció sacrificar su otra bota, pero el gigantón exhaló un grito de placer y se arrojó contra él. A sus ojos, Charlot,

se había transformado en una sabrosa gallina, que cloqueaba y se agitaba satisfecha. El hambrecillo le esquivó como mejor pudo, aguzando su ingenio, y le pidió explicaciones.

Una vez obtenidas, Big Jim recayó en su alucinación y renunció la persecución, pues, gallina o no, le parecía bastante apetitoso. Charlot le arrebató el rifle y lo escondió fuera de la cabaña. Los ataques del alucinado arreciaron y no le faltaba mucho para perecer cuando percibieron algo. El gran oso, que una vez había perseguido a Charlot, se presentó.

Con un grito de alivio, éste desenterró la escopeta y disparó, siendo enviado por el culatazo contra la mesa. La puntería había sido certera y puso fin al suplicio.

Mientras calmaban el hambre y amainaba la tempestad, Black Larson tropezó casualmente con la montaña de oro, en donde estaba la mina de Big Jim. Detúvose en ella a investigar y, viendo lo que contenía la nieve, arrancó el tablón, que proclamaba la pertenencia del minero.

Después de hartarse, Big Jim y Charlot se separaron con grandes muestras de amistad. Charlot marchó en dirección de la naciente ciudad y el buscador regresó a su mina de oro, la más rica de Alaska, en donde la traición le esperaba.

Así que el gigante se hubo presentado en ella, distinguió al hombre que le estaba robando. Se miraron a los ojos y vió Big Jim que Larson se negaría a dejarle disfrutar de sus derechos. El bandido, irritado por su inesperada presentación, le recibió de acuerdo con los más antiguos usos criminales, o sea, golpeándolo violentamente con la pala en la cabeza.

Big Jim se desplomó al suelo como un buey herido. Creyendo haberle matado, Black se aterró y huyó, sin saber que avanzaba en busca de un merecido castigo. Al estar próximo al borde del abismo, un inesperado alud abrió una sima bajo los pies de Larson y, poco después, tras de un alarido de horror, encontró la muerte.

Pero cuando Big Jim recobró el conocimiento, no supo dónde estaba, medio sepultado por la nieve, perdida la memoria por el golpe. El hombre más rico de Alaska se había convertido en un pobre diablo casi idiota, que buscaba desesperado su oro.

Así que Charlot entró en la ciudad, nacida en aquel páramo

helado como por obra de magia, poblada de gente inquieta, ávida de diversión y descanso, se olvidó de que había partido a conquistar la fortuna, pues al dirigirse al salón de baile, su corazón se prendió de la más hermosa criatura del mundo, Georgia, la cantante.

El hombrecito llevaba las de perder, Georgia era impulsiva, orgullosa e independiente y estaba enamorada, aunque no quisiera confesarlo, de Jack, arrogante y vanidoso joven, por quien ardían fogosamente todos los pechos femeninos de la ciudad y por los que se dejaba adorar. Naturalmente, esta situación era inaceptable para Georgia, que suspiraba por un hombre honrado y que zahería a su adorador, esquivándole y despreciándolo.

Charlot entró en el cabaret precisamente cuando Jack insistía en que Georgia bailara con él. La muchacha, ofendida por su tono de mando, para demostrar su absoluto desdén a Jack, escogió al vagabundo más deplorable que había en el salón de baile. ¿Y quién iba a ser, sino Charlot, que había asombrado a la alegre muchedumbre con su atavío y con su porte?

Charlot, antes de que esto ocurriera, había recogido del suelo una fotografía de Georgia, de quien no podía apartar sus miradas y, al notar que la muchacha se encaminaba hacia él y le suplicaba que fuese su pareja, miró hacia atrás, creyendo ser víctima de un sueño. Pero, era indudable; la invitación se dirigía a él. Se descubrió y le ofreció el brazo.

Una inmensa alegría se apoderó de Charlot, que bailaba como en sueños, Georgia le sonaba, si no, ¿por qué le iba a escoger entre tantos hombres? Estaba en el séptimo cielo, cuando algo le alarmó. Los pantalones se le caían. Se esforzó en sujetárselos, pero era inútil. Con el puño de su inseparable bastón de juncos los sostuvo un momento, pero el asidero era precario y no servía de nada. Por fin, con un suspiro de alivio, vió en el suelo una cuerda y, sin dejar de bailar, se la ató rápidamente a la cintura.

Pero la cuerda moría en el collar de un perro, el cual, al ver a un gato, se empeñaba en darle alcance, esforzándose Charlot en contenerle y, finalmente, se cayó al suelo cuando largo era.

Jack probó seguir a Georgia aún, pero Charlot se plantó delante de él, como un intrépido caballero, guardando el

santuario. El matón, impaciente, le hundió el sombrero hasta las orejas, cegándole. Furioso por el ridículo, dió un puñetazo a ciegas, que chocó contra una columna, desclavando un reloj. Cuando Charlot se arrancó el sombrero vió a su rival tendido a sus pies, rodeado de gente.

—No conocía mi propia fuerza—dijo el hombrecito.

En realidad, lo que había acontecido fué que el reloj se abatió contra la cabeza de Jack, derribándole al suelo. Como Charlot tenía una heroica idea de sí mismo, salió del cabaret erguido, con el pecho abomhado y mirando en todas las direcciones... aunque algo extrañado de las risas que acompañaban a su paso. Una rancanilla remató el efecto, haciéndole dar de bruces contra las maderas que enterimaban la sala.

Desambulando por la ciudad, sin rumbo fijo, se acercó a la cabaña de Hank Curtis, que estaba a un tiro de fusil del salón de baile. Hank era un ingeniero de minas que vivía solo y que a veces hacía largas expediciones al norte. Próximo a la cabaña, Charlot olió un aroma de judías y de café que le sacó de quicio. Supuso que Hank sería bondadoso y humano y buscó el medio de conseguir el desayuno.

Esperó la ocasión. Al estar Hank a punto de salir se tumbó en la nieve, dió un golpe de aviso en la puerta, que abrió el ingeniero, el cual, al encontrarle desmayado, supuso que era la eterna historia de Alaska. Un hombre medio muerto de hambre y de fatiga. Hospitalariamente lo entró y lo alimentó. Su caritativo corazón se sorprendió algo, al ver que el desmayado corregía su gesto de darle el café sin azúcar, echando tres terrones.

Big Jim llegó a la ciudad y trató de denunciar la mina a los empleados del catastro, pero se desesperó al no poder recordar el lugar en que estaba emplazada. Los empleados del catastro cambiaron entonces una mirada de conmiseración, que harto claramente relataba la opinión que tenían del estado mental del gigante. Pero éste no se desanimó y decidió encontrar el oro costara lo que costase.

Los días transcurrieron. El compañero de Hank regresó y ambos se prepararon para salir para una larga expedición. Hank informó a su compañero de que el hombrecito se cuidaría de la cabaña durante su ausencia. Charlot, después de ayudar a Hank en toda su labor, e, incluso, a ponerle

el abrigo, escuchó atentamente sus últimas recomendaciones y se quedó solo.

Aquella misma tarde Georgia y sus amigas corrían por los alrededores de la cabaña, jugando con la nieve y arrojándose bolas. Al ser perseguidas, Georgia se ocultó junto a la cabaña de Charlot, que desde la noche del salón del baile no la había vuelto a ver.

Este, despertada su curiosidad al oír las carcajadas de las muchachas, abrió la puerta y una bola mal dirigida le cegó. Protestó, mas descubriendo a las causantes del desmán, sonrió y no quiso escuchar sus excusas. Se alegraba mucho de haber recibido el proyectil helado. Hubiera sufrido si le hubiese dado a Georgia.

Haciendo acopio de valor, pues se sabía en malas condiciones para afrontar, rogó a Georgia que entrase en la cabaña con sus amigas. Aceptaron las jóvenes y él se excusó, pidiendo permiso para buscar leña. Al estar solas escondridieron y registraron la habitación, encontrando el retrato de Georgia debajo de su almohada.

Las chicas se rieron de su sentimentalismo y pensaron divertirse un poco con él. En cuanto apareció Charlot, Georgia le hizo sentar a su lado, le alisó el cabello, bromeó, coqueteó con él, que, aunque sabía que era una burla, era feliz, porque estaba cerca de ella.

Llegó la hora de marcharse y Georgia le alabó la cabaña expresando su deseo de ser invitada otra vez. El hombrecito se quedó sin voz y por último logró tartamudear una súplica. Las esperaba a cenar la víspera de Año Nuevo. Conviniere en ello y se marcharon.

Charlot, presa de un ataque de salvaje alegría, la emprendió con los muebles que llenaban la cabaña. Momentos más tarde, parecía que había nevado, puesto que había deshecho la almohada y lanzado las plumas al aire. Y, claro está, en aquel momento, Georgia se dio cuenta de que había olvidado sus guantes y entró. El hombrecito hubiera querido morir.

Durante los días siguientes, Charlot trabajó como un desesperado para poder comprar la cena de Año Nuevo. Provido de una pala limpió la nieve de delante de las casas, empleando su astucia para convencer a los que se negaban a ello, echando la nieve de una casa a la puerta de la casa vecina, hasta que se dio cuenta de que había tregado la entrada de

la cárcel, poniendo entonces pies en polvorosa, temeroso de ser encerrado.

La víspera de Año Nuevo, Charlot preparó la mesa, que no sólo presentaba un aspecto succulento, pero también estaba cubierta con muchos paquetitos, que contenían los regalos de las muchachas, con el nombre de cada una escrito en una tarjeta.

Pero las jóvenes se habían olvidado de él y esperó inútilmente varias horas, hasta que, vencido por el sueño, que asazablemente ponía remedio a la angustia de su alma, apoyó su cabeza en los brazos cruzados y se durmió, soñando que allí estaba Georgia y sus compañeras, pidiéndole un discurso. Se negó y tartamudeó, demasiado feliz para hablar y dijo que no podía discursar, pero que podía ejecutar un baile. E interpretó el baile de los panecillos, clavando sendos tenedores en dos de éstos y agitándolos como si fueran sus pies.

Se despertó. ¡La fiesta había sido para él solo... y para un pollino, muy listo para ser burro, que intentó devorar toda la comida, impidiéndolo él con gran energía! Abrió la puerta de la cabaña... A lo lejos, sonaba la música. Se levantó las solapas de la americana y triste, abrumado por el pesar y la vergüenza, se dirigió hacia la taberna, desde una de cuyas ventanas vio a Georgia y Jack unidos, alegrándose y disfrutando juntos la fiesta del final del año.

En medio de la orgia, Georgia sintió la turbación de haber dejado una promesa sin cumplir y congregando a sus amigas y a Jack les propuso subir a visitar al hombrecito y divertirse un poco con él.

Al abrir la cabaña y al encontrarla vacía, descubriendo los regalos preparados para cada una de ellas y la mesa preparada, Georgia comprendió la mala acción que habían llevado a cabo y ordenó salir a sus compañeras. Jack, sabiendo que perdía terreno, recabó para sí un poco de amor y la joven, malhumorada, le ahofetó.

Jack se enfadó y determinó vengarse del inocente causante de su ira, Georgia, que pronto había lamentado su gesto de rechazo, le envió una escuela aplicando que la perdonase, lo cual aprovechó Jack, haciendo que la carta amorosa llegara a Charlot. Este la tomó por verdadera y en seguida se dirigió en busca del objeto de su amor.

Mientras que él buscaba a Georgia, Big Jim le descubrió

en la sala de baile e inmediatamente recobró la memoria, precipitándose sobre él y queriéndole empujar hacia la salida, gritándole:

—Tú eres el hombre que yo buscaba. ¡Dime, dime! ¿Dónde está la cabaña? Llévame a la cabaña y te haré millonario en un mes.

Escuchadas estas palabras, Charlot vió el cielo abierto. Y puesto que Big Jim se obstinaba en no soltarle, entorpeciendo su deseo de correr hacia Georgia, que, como los demás, contemplaba sorprendida la escena, le prometió a voz en grito, logrando por fin acatarse y besarle la mano, volver por ella y sacarla de aquella vida.

Partieron al punto. Después de un viaje horrible, agotados, arrastrándose, llegaron a la cabaña en que se conocían, desde donde Big Jim se podría orientar en dirección de la mina. Más precavidos en aquella ocasión, entraron en el refugio una gran cantidad de viveres, ante cuyo aspecto se enternecía el estómago hambriento de Charlot.

Se acostaron. Y entonces el destino les gastó una pequeña broma y otra vez los elementos rieron, rugieron y tronaron, pero sin lograr despertarlos. El huracán arrastró la cabaña hacia el abismo, en donde había perecido Larson, y únicamente un milagro, una cuerda que se enrolló en torno de un tronco, que sobresalía de la nieve, impidió que se reunieran con él.

Después amaneció. La cabaña, mantenida en un equilibrio inverosímil sobre el vacío, estaba completamente llena de escarcha. El hombrecito se despertó, se despertó y se dispuso a preparar el desayuno... La cabaña osciló sobre el borde y se detuvo al cambiar el hombrecito de lugar. Repitió el movimiento anterior, con igual resultado, y Charlot se paró extrañado.

Despertó a su compañero y juntos comprobaron el fenómeno. No, no era el estómago vacío. Debía faltar algo debajo. Se dispuso a salir, abrió la puerta y quedó colgando sobre la muerte, mientras la cabaña se inclinaba y hacía caer a Big Jim. Corrió Charlot hacia su amigo, pero patinó, cayó y la cabaña se inclinó más aún hacia el abismo, con un crujido de advertencia.

Para salir, Big Jim se apoyó en las manos de su compañero y, al ceder éstas, en su cabeza, en donde fuera, la cuestión era escapar. Lo consiguió y recobró la memoria, olvidando al hombrecito.

—La encontré. ¡Mi mina!... ¡Mi montaña de oro!

Charlot suplicó ayuda desde el interior. Volvió en sí y se la dió tan providencialmente que su salto a tierra firme coincidió con el ruido de la cabaña al estrellarse en el abismo. Pero poco importaba; ya eran ricos, multimillonarios, los dos.

Una vez en el barco que los conducía a Europa, Charlot, desdiciendo las colillas a cambio de enormes cigarrillos que le daba su compañero, ya había cambiado sus harapos por un traje a la última moda, endosándose dos felpudos abrigos nada malos. La fortuna atrajo sobre ellos a reporteros y fotógrafos, uno de los cuales pidió a Charlot que reinstalase en ponerse otra vez su antiguo traje. Mientras Big Jim se hacía la manicura, mejor dicho, le quitaba los callos la manicura, Charlot le hizo objeto de sus bromas llenas de ingenuidad, y se dirigió a cubierta vestido como antaño.

Ante el fotógrafo fué retrocediendo hasta que dió un paso en falso y resbaló por una escalera, apareciendo en la cubierta inferior en que se hallaba. Georgia, triste, abandonada sin duda por Jack, Tras de un grito de sorpresa, no tuvo tiempo de explicarle que era muy rico.

Unos marineros, que buscaban un polizón, se echaron sobre él creyéndole sin billete. Georgia, que también lo creía, se manifestó dispuesta a pagar su pasaje, compadecida de aquel desgraciado más digno de compasión aún que ella.

Los periodistas, con el capitán del vapor a la cabeza, se aproximaron y explicaron que había un grave error. Aquel mendigo era un multimillonario. Georgia se cubió al escuchar las disculpas de todos.

—Perdón, ¿quién es la señora?—preguntó el periodista.

Charlot la hizo adelantar un paso y la presentó como su prometida.

Y así resultó, como repetía el reportero, una gran historia... ¡y con un feliz final!

F I N



El paso del Colihue representaba el mayor asentado.



Detrás de él había surgido un oso formidable.



...se había extraviado.



La oriente hacia donde creía que estaba el Norte.



Hic Jini había encontrado una montaña de oro.



Estaba comiendo los restos de la comida de un simpático perro.



...cuando penetró Blacé, que se le asoció con Alcapala...



...intentó ahuyentarlo de la cabaña.



Elacé apostó a perder con un rifle.



Charles esquivaba el cañón del rifle.



Se alimentó con una bujía y con otras cosas por el estilo...



Le llevó el bocado a su buzo de comida.



Estaba haciendo una de sus butas! como un adorable pollo negro.



Los clavos chapados y saboreados con fruición.



Charlie se había transformado en una sublime gallina.



...Y le esquivó como mejor pudo, aguzando su ingenio.



Así que Charlie entró en la ciudad, se dirigió al salón de baile.



En corazón se prendió de las hermanas rivales.



Georgia era impetuosa, orgullosa y independiente.



Charlie entró en el salar.



Bailaba como en sueña.



Se cayó al suelo con fatiga ya.



Se plantó delante de él, como un intépido caballero.



Salí del exoner, erguido, con el pecho abombado.



Jugando con la nieve.



Georgia se hizo ventos a su lado.



La esperaba a besar la nieve de San Juan.



Trabajó como un domador...



Interpone el beso de las pinceñitas.



Vid. a Georgie y a Jack unidos...



...disfrutando hasta la fiesta del final del año.



...se dirige en busca del objeto de su amor.



—¿Tú eres el hombre que se burlaba?



...le prometió volver por ella y sacarla de aquella vida.



El huracán arrojó la cabaña hacia el abismo.



Despertó a su compañero y juntos comprobaron el fenómeno.



...la madama se inclina más hacia el abismo.



Mientras Hig se hace la manicura...



...mejor dicho, le quitan los callos la mansueta...



...Casiot le mira objeto de sus bromas.



E. B.

CARLOS T. O. J. SOLER
Provincie de Barcelona